

Urbeltz aúna los carnavales como un fenómeno único de la cultura europea

El antropólogo se fija en los casos de Lantz y Lastovo (Croacia) como rituales que advierten de futuras calamidades

ION STEGMEIER
Pamplona

Cumplidas las “dos jirafitas”, como bromeó ayer por sus 77 años, el antropólogo Juan Antonio Urbeltz ha puesto el punto final a sus trabajos sobre el carnaval rural y su simbolismo. El libro “Morir en la hoguera el Martes de Carnaval”, publicado por Pamplona, es el compendio del trabajo de tantos años, y deja una conclusión clara: los carnavales no son fiestas aisladas de distintos pueblos singulares, en oposición a la cuaresma, sino que se trata de un fenómeno global europeo, que se entiende mejor al verla en conjunto, y que trata de conjurar con cierta teatralidad rural amenazas para esas localidades como plagas o epidemias. Siempre en territorios de pequeña escala.

Un tercio del libro lo emplea en dos ejemplos concretos. Urbeltz pone la lupa en dos carnavales tan distantes como complementarios: el de Lantz, en Navarra, y Lastovo, una isleta al norte de Dubrovnik, en Croacia, con apenas 700 habitantes. “Son dos caras de una misma moneda”, explicó ayer. Detrás de ambas simbologías se oyen vuelos de insectos.

En Lantz está el gigante Miel-Otxin, que se escapa, quiere salir del pueblo pero lo retienen y lo meten dentro para enjuiciarlo. En Lastovo, al revés. Allí el personaje se llama Poklad, no mide más de 1,20 metros, y quiere entrar en el pueblo deslizándose por una cuerda mientras hace explotar pólvora en su “vuelo” desde un pequeño monte cercano.

Miel-Otxin, explica Urbeltz, es la imagen del hambre, “es una tripa insaciable desde la raíz del pelo hasta la uña del pie”, pero esa hambre está provocada por la plaga de langosta. “El epítome de todas las langostas es el zaldiko, el caballito”, apunta. “Todas las lenguas de Europa, el euskera también, menos el inglés, dicen que la langosta es la caballeta, por tanto es un insecto preñado que tiene el poderío del caballo y la fecundidad de la yegua, los dos en uno”, dice sobre este azote bíblico. Poklad, por su parte, significa “embajador” en croata, y anuncia la llegada al pueblo de una escuadra de “moros-catalanes”, alegoría también de la plaga de langosta. Ambos personajes acaban en llamas ante el jolgorio

de la gente. Si le hubieran consultado de la capitalidad cultural de 2016, reconoció ayer, habría propuesto unir ambos carnavales en San Sebastián. Cree que la cuerda para Poklad habría quedado muy bien desde el monte Urgull hasta el puerto.

‘Dejar la carne’ y ‘podar’

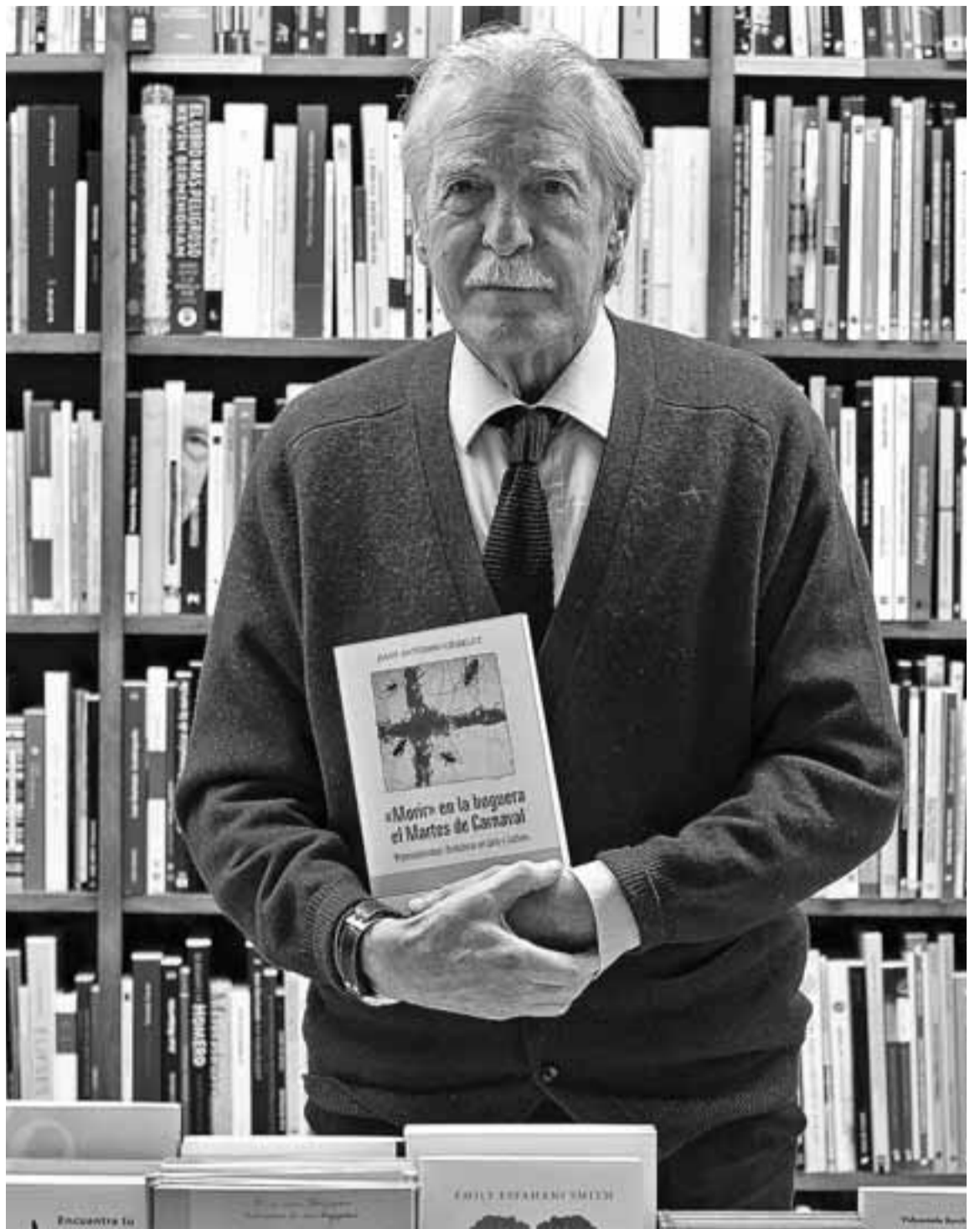
Urbeltz, que hace menos de una semana estrenó en el Baluarte su último espectáculo de danza, *Martin Zalakain*, ordena en este libro la antropología del XIX y pone en solfa estudios como *La rama dorada* de James George Frazer, que explicaba que el carnaval era un ritual para expulsar el mal. “Los rituales carnavalescos que tenemos en el folklore vasco y europeo en general son formulaciones para contener el mal, no expulsarlo, sino contenerlo, que no entre”, advierte él.

Tampoco es partidario de relacionar estas manifestaciones con la cuaresma, como se ha solido hacer, sino con las calamidades que cíclicamente amenazan a esas poblaciones. “La iglesia a partir del siglo IV introduce la cuaresma pero el carnaval no está constituido por eso, sino por el solsticio de invierno y el equinoccio de primavera, esos son los dos polos en los cuales todo el universo insectil está ciertamente en situación amenazante; en el carnaval está por venir y en San Juan ya ha explotado, entonces las hogueras, el humo con leña verde, es para dispersar teóricamente mosquitos y tábanos”, explicó ayer.

Admite Urbeltz que el nombre de *carnaval* posiblemente sea eclesiástico, dejar la carne, pero no así en euskera. *Iñauteri* viene de *inausi*, podar, y *arastute* de *araztui*, plantar árboles podados, tareas típicas de primavera.

Personas “insectizadas”

El euskera vuelve a dar más pistas por ejemplo con la palabra *disfraz*, que se dice *mozorro* o *zomorro*, como también se denomina a los insectos. “Toda persona disfrazada es, en cierta manera, una persona insectizada”, apunta Urbeltz. “Cuando estamos sentados y viene la chavalería *mozorro* (disfrazados) con el triki a bailar y damos dinero para la merienda, hemos pagado el diezmo, hemos pagado a los insectos que están ahí, por tanto no podrán venir a cobrar por segunda vez lo que ya han recibido, los tenemos ahí conjurados, pero estos insectos pequeños son muy desobedientes y por más que pagues se presentan una y otra vez”, explica el investigador de la cultura tradicional vasca que nació en



Juan Antonio Urbeltz sostiene su libro, ayer, en la librería Elkar de la calle Comedias, en Pamplona. CALLEJA



Poklad, el personaje en Lastovo (Croacia).



Miel-Otxin, protagonista en Lantz. JESÚS CASO

Pamplona y se marchó a vivir de de bebé con su familia a San Sebastián.

Los *yoaldunas*, figuras emblemáticas del carnaval en Ituren y Zubieta, también tienen relación con los insectos. Lo que hacen, concretamente, es disuadir a los tábanos, ya que además del *ttuntturro* (el gorro cónico), sus dos elementos principales son la *ishopua*, la cola del caballo que agitan con la mano, y el cencerro. “Ituren y Zubieta nos permiten postular que todos los carnavales europeos con cencerros están en función de eso, el cencerro no tiene otra función en las sociedades tradicionales que con el ganado, no tiene otra función que espantar tábanos, sobre todo, de las

“MORIR” EN LA HOGUERA EL MARTES DE CARNAVAL

Representaciones dramáticas en Lantz y Lastovo

Autor: Juan Antonio Urbeltz

Editorial: Pamplona

Páginas: 352

Precio: 22 euros

partes blandas de la cara; por detrás, el animal lo hace él solo con la cola”, explica. En el libro recoge unos personajes muy parecidos a los *yoaldunas* en Karlovo (Bulgaria), y los llamados *mamuthones* en Mamoiada (Cerdeña).

Urbeltz fue ayer presentado en la librería Elkar Comedias de Pamplona por Aritz Ibáñez, de Duguna Dantza Taldea, quien lo definió de “revolucionario” en el mundo de la danza. También en ese campo, después de recorrer en los años 60 y 70 decenas de pueblos junto a su mujer para recuperar las danzas vascas en extinción, se puso a crear nuevas y a investigar sobre su simbología, porque la danza sin simbología, suele decir, se queda en aeróbic